

GEORG LUKÁCS: VOLVER A LO CONCRETO

Su apartamento está situado en el último piso de un inmueble que da al Danubio. Los libros tapizan las paredes. Miro al azar: obras completas de Hegel y de Marx. Sobre el escritorio, libros, revistas en húngaro, en alemán, en francés. Es aquí donde desde hace diez años Lukacs prosigue sus trabajos.

G. L.: Yo he comenzado mi verdadera obra a los setenta años. Parece creerse que existen excepciones a las leyes naturales. En ese terreno soy un adepto de Epicuro. Yo también envejezco. Durante mucho tiempo busqué mi verdadera vida. He sido idealista, después hegeliano. En *Historia y conciencia de clase*, traté de ser marxista. Durante largos años fui funcionario del partido comunista, en Moscú. He podido releer de Homero a Gorki. Hasta 1930, todos mis escritos consistieron en experiencias intelectuales. Después vinieron bocetos y preparativos. Incluso si estos escritos fueron superados, han podido dar a otros un impulso.

Puede parecer extraño que haya debido esperar setenta años para ponerme a la redacción de mi obra. Una vida no es gran cosa. ¿Qué ocurre con Marx, ese genio colosal? Solo ha acertado a dar un esbozo de su método. No se hallan en su obra todas las respuestas. El era de su tiempo. Yo utilizo su método para mi obra sobre la estética. Si él viviera hoy en día, estoy convencido de que escribiría sobre estética.

Interrogo a Lukacs sobre sus amistades de juventud cuando él era estudiante en Heidelberg:

¿Conoció usted a Heidegger, a Stefan George?

—G. L. Nunca he conocido ni a George ni a Heidegger.

¿Se dice que este último ha colaborado con los nazis?

—G. L. No se ha tenido necesidad de decirlo. Heidegger ha sido nazi. No hay ninguna duda sobre ello. Además, él siempre ha sido reaccionario.

¿Quiénes fueron entonces sus amistades?

—G. L. Max Weber, con el cual yo estaba bastante ligado.

Lukacs está con ropa de trabajo. Pantalón oscuro, saco kaki. Pequeño y delgado, da la impresión de poseer un mundo. Se olvida que tiene ochenta y dos años.

¿Y volviendo a los contemporáneos?

—G. L. Yo tengo poca confianza en la dirección del pensamiento contemporáneo en Occidente, trátese del neopositivismo o del existencialismo. Hallo que es más útil releer a Aristóteles por vigésima vez.

— ¿Está usted interesado en la sociología?

— G. L. Wright Mills me interesaba mucho. Tenía el sentido de la realidad. En la sociología americana, ha sido una excepción. Esta sociología no me satisface. Separar la sociología de la economía me parece académico. Marx no las disoció nunca.

Se habla mucho del joven Marx...

— G. L. Es una invención de nuestro tiempo. La contradicción que se busca en su obra es ficticia. No ha cesado nunca de profundizar su filosofía. Desde el comienzo se interesó por la realidad. Después de Aristóteles, es él quien ha tenido el sentido de lo que está unido o separado, no en los libros sino en la realidad. Es por eso que yo elaboro una ontología social. ¿La sociología de grupo? Una invención para manipular la realidad. ¿Iría usted por ejemplo a separar el movimiento jacobino de los grupos jacobinos? En sociología, es necesario ir hasta el fundamento objetivo de los movimientos. Es preciso tomar los grandes acontecimientos de la vida social en su totalidad. De otra manera, ¿cómo explicarse el hecho de que haya invenciones geniales que surjen al mismo tiempo en diferentes países y en diferentes dominios? ¿Cómo comprender el vínculo que une a Newton y a Leibniz? Los acontecimientos aislados no tienen ningún sentido si no se los ubica en la perspectiva de una totalidad.

Sin embargo, la alienación...

— G. L. La alienación ha existido en todas las civilizaciones. Desde hace medio siglo, existe bajo una nueva forma. Son muchos los que creen que se trata de una consecuencia de la tecnología, cuando mi estudio de la totalidad muestra que la técnica no es una fuerza fundada en sí misma, sino una consecuencia del movimiento de las fuerzas productivas. Depende de la estructura social. Siempre es preciso recurrir al método marxista.

Volvemos a la literatura.

— ¿Qué piensa usted de las nuevas búsquedas técnicas?

— G. L. Todo depende del objeto al que se aplique la técnica. ¿Qué pasa con el monólogo interior en James Joyce y en Thomas Mann? Para Joyce esta técnica es un hecho en sí; Thomas Mann la utiliza como modo de construcción para hacer aparecer una u otra cosa. A pesar de sus múltiples disfraces, una gran parte de la literatura moderna es todavía naturalista. No ofrece más que un cuadro superficial de la vida, sin reflejar la realidad.

— ¿Y el teatro del absurdo?

— G. L. El absurdo no es más que lo grotesco. No hay nada de nuevo ahí. Teníamos ya a Goya, a Hogarth y Daumier. En ellos, el absurdo procede de la comparación de dos estados: el estado normal y su deformación. Lo grotesco no tiene sentido sino es puesto en relación con lo humano. En numerosos escritores contemporáneos, el absurdo no está en relación con lo humano; es considerado como un estado natural. Si no se distingue lo que es humano de lo que no lo es, es el sentido de lo humano el que se ha perdido. No se obtiene más que una fotografía inmediata de un cierto aspecto de la vida. ¡Todavía una nueva forma de naturalismo! Si Eugene O'Neill es un admirable dramaturgo, es porque se propone dar una dialéctica viva de las relaciones entre lo humano y lo grotesco. Tomemos otro escritor: el novelista Jorge Semprún. Semprún utiliza el monólogo interior para evocar el combate contra la alienación fascista. En Beckett, ese combate no existe. Capitula ante la alienación moderna.

¿Es eso en usted, una toma de posición política?

—G. L. De ningún modo. Otro escritor que yo admiro es Thomas Wolfe. Su obra es un combate contra la alienación en la vida americana. Yo admiro igualmente a Styron y a Elsa Morante, que a mi parecer está más dotada que su marido, Moravia. Yo no predico ni una técnica, ni una ideología. Lo que yo defiendo es la integridad del hombre y me opongo a una literatura que conduce a la destrucción de esta integridad. Yo no niego el valor de Joyce o de Proust. El primero es un excelente observador, y Proust un escritor muy importante. Su obra continuará ejerciendo una profunda influencia sobre la literatura, porque en ella hay una dialéctica entre el pasado y el presente. Esto nos permite situar el problema de la alienación. El pasado solo tiene verdadero sentido en la medida en que actúe sobre el futuro. No hablo únicamente de las sociedades, sino igualmente de los individuos; la búsqueda del tiempo perdido es la de un hombre que no tiene futuro. La verdadera fuente de toda la obra de Proust se halla en el último capítulo de *La Educación Sentimental*, cuando Frederic Moreau rememora su pasado.

¿Y Sartre?

—G. L. Es un hombre multifacético. Yo lo comprendo mucho mejor después de haber leído *Las Palabras*. Qué obra admirable! Nos explica a ese hombre que no ha tenido nunca contacto con la realidad. Espero que Sartre sufra el choque de la realidad. El ha sido valiente durante la guerra de Argelia.

¿Y como filósofo?

—G. L. Sartre ha hecho progresos desde *El Ser y la Nada*. Está más cerca del marxismo. Sin embargo, hay en él una debilidad. Cuando la vida lo obliga a cambiar de punto de vista, Sartre no desea cambiar radicalmente. Quiere dar la ilusión de la continuidad. En su *Crítica de la Razón Dialéctica* acepta a Marx pero desea conciliarlo con Heidegger. Vea usted la contradicción: Hay un Sartre número uno al comienzo de la página, y un Sartre número dos al final de la misma página. ¡Cuánta confusión en el método y el pensamiento!

¿Cree usted que el escritor tiene un papel social por desempeñar?

—G. L. Los existencialistas han falseado el problema. No se escoge ni el lugar, ni el día del nacimiento. Nosotros decimos sí o no a la realidad que existe a pesar nuestro. El hombre es un ser "respondiendo". Depende de él decir sí o no, pero no depende de él decir sí o no a la realidad tal como existe. Y esa realidad es ésta de hoy en día. No depende de usted ni de mí que haya carros en la calle o que usted quiera a su mujer y no quiera a su abuela. La única escogencia que usted tiene que hacer es no atravesar la calle o no amar a su mujer. La relación entre la libertad interior y las necesidades exteriores es muy compleja. Marx no ha negado la existencia de la elección. Esta comienza por el trabajo: el albañil escoge una piedra y esa escogencia hace que su trabajo sea bueno o no. Siempre es él quien no puede escoger sino entre dos piedras, no entre una piedra y un trozo de bronce. El problema de la libertad y de la necesidad social debe tratarse dentro de una perspectiva de evolución histórica. Este es un problema dialéctico. Considerar la libertad en una forma abstracta conduce a posiciones falsas. Me opongo al burócrata que define la función de la literatura. Sobre el estalinismo, que es una desviación del marxismo, no he vacilado en exponer mis opiniones, desde la época de Rakosi, en que dicté una conferencia para expresar mis ideas. No se puede hablar de la libertad si no se analiza la situación concreta. Estoy por la libertad del escritor, pero esta libertad hay que comprenderla. Cuando en un

país socialista se impide a un escritor expresarse, yo me levanto contra la confiscación de su libertad, pero no es para aceptar la libertad capitalista. Ya desde muy joven comprendí esa lección. Durante un poco tiempo, fui crítico dramático de un gran periódico. Mis crónicas no agradaban y debí dejar mi empleo. Ustedes saben como yo, que la libertad de prensa solo existe de una manera relativa.

Cuando se escribe en un periódico en los países socialistas, se conocen los límites que se deben respetar. Se practican arreglos. De esta manipulación refinada a la libertad hay una distancia. El burocratismo que amenaza al escritor y al periodista en los países socialistas no es sino una forma de manipulación, brutal ésta. Si usted quiere que se discuta sobre las dos formas de manipulación, nuestra controversia podría tener un sentido, pero yo no acepto la pretensión que quiere que de un lado la libertad exista, y por otro, que esté ausente.

Estoy contra la discusión abstracta. El marxismo nos trae siempre a lo concreto.

Reportaje de Naim Kattan, traducido por Freddy Téllez y Augusto Díaz.